

La Historia Natural y las raíces de la Biología*

ANGEL SPOTORNO O.

Presidente Sección Zoología
Sociedad de Biología de Chile

Desde la oscuridad de los tiempos primitivos la especie que se autodenomina "sapiens" ha estado buscando significado a su existencia. Sin duda, parte de ese significado lo cultiva en el contacto con la naturaleza y con sus hermanos vivientes, animales y plantas.

El hombre que hoy día queremos saludar con cariño y respeto, es un hombre inserto en la naturaleza y en lo viviente; es hombre de mares y cangrejos, de islas y de bosques flotantes; un naturalista; también es, y por sobre todo, un maestro: sencillo, noble, de fibra e impulso.

Casi todos nosotros estamos convencidos de que las ciencias empíricas son universales y objetivas. Con frecuencia olvidamos que, como toda actividad humana, ellas tienen motivos y designios, un lugar y un tiempo que les son propios o preferidos, tareas y urgencias que debemos escuchar, reconocer y atender, si no queremos que las ciencias sean sólo juegos de curiosidad, creativos y recreativos, pero importantes sólo para nosotros mismos.

La acusación es demasiado grave; la hemos oído en una forma u otra, y con demasiada frecuencia como para ignorarla: "Es que los intelectuales y los científicos se sitúan mirando Europa y Norteamérica, y están de espaldas a su propio país. Literalmente, no saben dónde están parados".

Tal como se dan las cosas, yo agregaría que lo más grave es que nosotros mismos tal vez no lo sabemos con la certeza de profetas. Así, las gentes de nuestros pueblos tampoco podrán saberlo.

Es lamentablemente cierto que nuestros niños saben más de la estructura social de una manada de leones africanos que de la fascinante vida familiar de las vicuñas; de topes europeos que de cururos y tuco-tucos; más de canguros australianos que de colo-colos valdivianos; de ardillas que de vizcachas; mucho de hamsters y poco de degus; y casi todos creen que conejillos de Indias, chinchillas y nutrias son animales exóticos de tierras ajenas. Y esto por citar solamente el caso de los mamíferos.

¿Y el mar? ¿Qué lugar ocupa en nuestro pensamiento y en nuestro quehacer? Muchas veces he meditado frente a la misteriosa diversidad que prolifera debajo de una roca cualquiera, o al contemplar las aguas profundas donde se mueve toda la riqueza que pálidamente se desplegará después en los mesones de cualquier mercado o en las bandejas del laboratorio bajo el áspero olor de la formalina: ¡Todo esto es vida, y tanta vida!, poco conocida y bastante ignorada. ¿Cómo es que no somos todos biólogos marinos en este país que es casi puro mar?

Con otros iluminados, don Nibaldo y su escuela han comenzado a responder, sin fanfarrias, con autenticidad, con trabajo duro y paciente. Hay que coleccionar, disecar, describir, comparar, nombrar; buscar material crítico, de la zona crítica, de la edad crítica; aunque muchos creen que la taxonomía es ciencia fácil. Los que así juzgan, deberían meditar cuidadosamente las palabras de Darwin: "En mi obra sobre los cirripedios, no estaba consciente de que el creer en la simple invariabilidad de las especies cambiara las cosas en un sentido u otro; en unos pocos casos no debería haber puesto nombres, y en algunos otros debería haberlos puesto a las variedades notables. En verdad, me ha resultado humillante el discutir y dudar, y examinar las cosas una y otra vez. Después de describir una serie de formas como especies distintas, destrozé mi manuscrito para transformarlas en una sola, destruir esto otra vez y separarlas, y juntarlas de nuevo (como me ha ocurrido a mí), rechiné los dientes, maldije las especies y pregunté qué pecado había cometido para sufrir un castigo semejante. Pero debo confesar que quizás me hubiera sucedido exactamente igual en otra línea de trabajo". (Charles Darwin, carta a C. Hooker, 25 de setiembre de 1853).

La impresión de la taxonomía como ciencia fácil también es refrendada por los muchos proclamados taxónomos que la practican con poca

* Palabras de presentación del homenaje al Profesor Nibaldo Bahamonde N., durante la XXV Reunión Anual de la Sociedad de Biología de Chile, Punta de Tralca, noviembre de 1982.

(Recibido el 4 de marzo de 1983. Aceptado el 12 de marzo de 1983).

ciencia y con irresponsabilidad y vanidad; o porque se recuerda que allá en Europa o Estados Unidos la taxonomía ya está hecha y es cosa de consultar una clave que está allí en la biblioteca del próximo piso, o de enviar el material al especialista que contestará a vuelta de correo. Los que así piensan debieran también recordar el hecho que allá la taxonomía fue casi toda la biología practicada durante siglos, y que la biología moderna nace y crece apoyándose precisamente en ese trabajo de siglos. Y si no, hubiera nacido y estaría creciendo en otra parte y es casi seguro que tendría otra forma, otro estilo, otras preferencias.

Pero don Nibaldo no es sólo taxónomo. En realidad, es difícil encasillar su quehacer en una sola disciplina, como el quehacer indiviso de todo gran hombre.

Y es que la biología moderna es nieta legítima de la Filosofía Natural, y su primer deber es el de explicar y entender toda la Naturaleza, así entera, irreductible. Pero para alcanzarla se debe recurrir a simplificaciones, a supuestos, a modelos "ad hoc". Y por tanto, la historia de la biología es, principalmente, una larga cadena de fragmentación en múltiples subdisciplinas. Edward Wilson ha señalado que el cultor de una de esas subdisciplinas cree en la novedad de su tema y de su enfoque, y dedica toda su vida a la exploración y desarrollo de entidades particulares y negará que ellas puedan reducirse a las simples leyes de un nivel inferior de organización. Pero aparecen los cultores de la antidisciplina (llamada así para subrayar la especial relación de tensión entre los que practican campos adyacentes). Estos nuevos reduccionistas creen que la otra disciplina puede y debe ser reformulada en términos de sus propias leyes para realmente hacerla comprensible: la química por las leyes de la física, la biología por las leyes de la química, etc.

Es fácil ver cómo cada disciplina científica también es, a su vez, una antidisciplina. La relación de adversarios entre científicos de áreas cercanas es, por tanto, probable, casi segura, dado que los devotos de niveles adyacentes están comprometidos desde el comienzo con sus propios

métodos e ideas cuando enfocan el nivel superior, y es probable que compitan por recursos, espacios y discípulos. De hecho, de acuerdo con los estándares contemporáneos, un científico completo puede ser definido como aquel que es estudioso de tres temas diferentes por lo menos: el de su disciplina (por ejemplo, bioquímica), el de la antidisciplina (química, siguiendo el ejemplo) y el tema ante el cual su especialidad se yergue como antidisciplina (la biología celular, o la genética, o bien la sistemática). La interacción entre tales campos adyacentes está llena de conflictos, que todos hemos padecido (y que ha dibujado vívidamente Thomas Kuhn); pero con el paso del tiempo las especialidades llegan a ser totalmente complementarias e indispensables unas para otras. Los ejemplos de la biología molecular, la ecología y la sociobiología son prueba fehaciente de ello.

Por tanto, no es raro que don Nibaldo sea taxónomo y ecólogo e hidrobiólogo; y explorador, hombre de laboratorios y de museos. Y todos nosotros esperamos que siga siendo por mucho tiempo maestro, para que tengamos renovales de raíces profundas, de miradas limpias y avizoras, bebiendo de la naturaleza propia el saber y la sabiduría, con la lógica ruda y cariñosa que siempre fue su estilo y su regalo.

Por estas razones, la Sociedad de Biología de Chile quiere testimoniar públicamente el reconocimiento de sus miembros y particularmente recoger los sentimientos de sus múltiples discípulos y alumnos, por habernos ayudado a mirar más cerca. Porque al ser leal con sus propias raíces y construir su propia savia con los productos generosos de estas tierras, también nosotros nos sentimos con la fuerza y la promesa del fruto esperanzado que mira más lejos y más arriba. Como símbolo de este reconocimiento, queremos regalarle una reproducción artesanal en cobre de un camarón de nuestros mares; el país extrae casi diez mil toneladas al año de este camarón nylon, y, sin embargo, hasta hace muy poco ni siquiera habíamos cumplido el antiguo mandato bíblico de colocarle un nombre propio al *Heterocarpus reedi* Bahamonde.